

## Amores de la tierra

Esta poesía inédita hasta ahora y debida a la inspirada pluma de nuestro ilustre Presidente, señor GRANDE BAUDESSON, fué premiada y leída en el Certamen literario celebrado en Cáceres en Julio de 1913.

ALCÁNTARA se complace en ofrecer a sus lectores tan bella y emotiva composición. Juzguen éstos de la plasticidad, galanura y vigor dramático que en ella campean.

### I

Maja se ha puesto Lola la *Clavellina*;  
¡parece un rinconcito de su arriate!  
Lleva el pelo cuajado de caracoles,  
de sortijas y trenzas, que al enlazarse,  
abrochan el peinado formando el moño,  
que parece tejido con azabaches.

Cuelgan de sus orejas tan diminutas,—  
que hace falta buscarlas para enterarse  
de que los llevan ellas y no los rizos,  
entre cuyos anillos tienen su cárcel,—  
los pendientes de oro de *brillantina*,  
más finos, más calados y relumbrantes,  
que lucieran las mozas el día del Corpus,  
por vistosas y majas que se mostrasen.

Lleva otra joya al cuello, la gargantilla,  
y es también de oro fino, de cuentas grandes,  
con una crucecita que Lola besa,  
porque cree que se oculta dentro su madre.

Jubón de terciopelo terso y ceñido  
envuelve exuberancias esculturales;  
un guardapiés más rojo que la amapola  
colúmpiase ligero sobre su talle;  
botinas charoladas, con vivos blancos,  
calzan sus pies chiquitos como dedos;  
el mantón que se plega sobre su busto  
es la prenda más cara de todo el traje,  
y en el mandil de seda luce puntillas  
con preciosas labores de todas clases.  
¿A dónde va Lolilla que va tan maja?  
¿Por qué lleva alegrías en el semblante?

### II

Es una tarde de estío  
calmosa, clara, serena,  
con mucho azul en el cielo,  
caliente, fecunda, espléndida.

Allá por entre los verdes  
madroñales de la sierra,  
va el sol hundiendo su disco  
que en el horizonte deja

celajes de tintas rojas,  
cual resplandores de hoguera.  
Es domingo y el paseo  
de la gente cacereña,  
según antigua costumbre,  
es el campo, son las huertas;  
esa cinta de esmeralda  
que tendió Naturaleza  
entre el Marco y Guadiloba  
refrescante y pintoresca,  
si no muy ancha, muy rica,  
siempre dando, siempre nueva,  
llena de alegres tonadas  
y de amores y de esencias.  
Humilde porque el regato  
que la cruza y no la riega  
no le da fronda bastante  
para que tenga soberbia;  
pero orgullosa en el fruto  
manantial de su riqueza,  
jugoso como el de Murcia,  
fino como el de Valencia,  
y tanto que los frutales  
no pueden con las cosechas.

Allí brotan y allí crecen  
rebosantes de opulencia,  
naranjos y limoneros  
en cuyas copas espesas  
canta sus cuitas el ave;  
guindos, ciruelos, moreras,  
que abren su toldo de hojas  
para dar sombra a las fresas,  
poblados cañaverales  
que parece que se quejan  
cuando el aire los columpia  
con esa dulce cadencia  
que le sirve de guitarra  
para cantar sus tristezas,  
-al jayán, que zacho en mano,  
va del cantero a la acequia.

Alamos que el cielo escalan,  
-azufaifas y cerezas  
como las mieles dulzonas;  
granadas que se revientan  
con su penacho de fuego  
para lucir entreabiertas  
sus granos como rubies,  
-abridores y camuesas

transparentes como el ámbar,  
acuosas y finas peras  
ventradas y relucientes,  
estallando satisfechas  
en los ópimos perales;  
y manzanos y chumberas,  
que dan blandura al ambiente,  
sombraje para la siesta,  
para la vista recreos,  
socorros a la miseria  
y color a los pintores  
y versos a los poetas.

Todo el pueblo con las galas  
de más gala de la época,  
discurre por la campiña  
y a cada paso se alegra  
o por las flores que corta,  
● por las frutas que prueba,  
o porque arroba su alma  
la sublime cantinela  
del ruisenior, rey del trino,  
que improvisa en la floresta,  
o porque ve allá en lo alto  
de una acacia corpulenta,  
meaciéndose sobre el viento,  
la solitaria vivienda  
de plumas, donde celosa  
va empollando la oropéndola.

Y marchan apretujándose  
por atajos y veredas  
en constante palabreo  
y con los trajes que llevan  
de chillones colorines  
en una enorme maceta  
con mil flores, de mil tonos,  
se transforma la ribera.

Ellas entonan canteares  
que los pájaros remedan  
en la umbria; corren y saltan,  
ya se pierden, ya se encuentran  
tras las cortinas de mimbrés,  
los bosquecillos de higueras,  
y cada encuentro produce  
carcajadas que resuenan  
allá en el eco lejano  
que de la montaña llega;  
mientras que el molino canta  
también, al son de su presa,

oculto entre la espesura  
del follaje que verdea,  
el cantar que al pueblo nutre,  
que en su canturía de abeja  
dormilona, susurrante,  
la piedra de la molienda  
besa el grano y a su beso  
el pan de Dios cae por ella.

Y allá van locas de gozo  
a contar todas sus vueltas,  
y si el molinero es joven,  
a ver qué maquila encierra.

Se adornan con alielis  
el descote y la cabeza;  
grandes y amarillas dalias  
que trastornaran si olieran,  
se esponjan sobre sus pechos;  
y al mirarlas tan espléndidas  
destacando su hermosura  
en la campiña risueña  
a la luz del sol que muere  
entre nubes que llamean.  
cada moza es fiel trasunto  
de la hermosa primavera.

Ellos, los mozos, gallardos,  
con la faja de seis vueltas  
y la camisola limpia,  
en el hombro la chaqueta,  
los brodequines de cuero,  
pantalón a toda pierna,  
sombbrero de gachas alas  
y un puro que en lo que humea  
parece el cañón de tiro  
de una chimenea francesa,  
dilatada la pupila,  
con las caras apopléticas  
por el bochorno asfixiante,  
se arriman a la pareja  
y le charlan al oído  
llevando la boca llena  
de risas y de requiebros,  
y sujetando en la oreja  
un manojo de albahaca  
cuyo intenso aroma enerva.

¡Todo es zambra y entusiasmo  
disimulos y promesas!

.....

\*\*\*

Allá en umbroso paraje  
donde el amor secretea,—  
porque hay música y misterio  
y hasta murmurio de selva,—  
vése un corro bullicioso  
de mozuelos y mozuelas,  
que van comiendo una a una,  
entre alegres chanzonetas  
una jícara de moras  
almibaradas y tiernas.

La que va marcando el turno  
para pasar a cogerlas  
es Lola la *Clavellina*,  
arrogante en su belleza,  
de líneas puras y firmes,  
de morbideces supremas,  
y de contornos suaves  
como las Venus de Grecia.  
—Ahora tú, Manolo.—Anda—  
¡Ya llevas tres!—Ahora, Petra—  
—Quietas las manos. Jacinto,  
ya te llegará la rueda,—  
va diciendo y obediente  
el corro entero se muestra.

Quedaba solo una mora.  
¡lba a terminar la fiesta!

Tocóle a Román el turno,  
clavó el alfiler en ella  
y poniéndose de pie,  
con acento que revela  
la emoción que le domina,  
dijo a Lola:—Pa usted, ¡reina!—

Fué aquello visto y no visto—  
Del corro como una flecha  
saltó Luis sobre Román,  
y ambos cayeron a tierra  
en un abrazo de muerte,  
en una lucha de fieras.

Hubo un instante que nadie  
supo que hacer: ante aquella  
acometida brutal,  
ninguno se daba cuenta,  
y entre tanto, como tigres  
que se odian y se esfuerzan  
en devorarse, se estrujan—  
ferozmente se golpean—  
—¡Separarlos, que se matan!—  
gritó al fin Dolores.—¡Fuera!—

claman los hombres, y a poco  
terminaba la pelea.

—Asin riñen los cobardes,  
a traición y por sorpresa,  
rugió Román.

—Cara a cara  
he de espeazarte la lengua,—  
contestó Luis.

—¿Tú?—  
—Sí, yo—  
—¿Cuándo?—

—Mañana en la era—  
—A punto que rompa el día—  
—¡Mañana dejás de verla!

### III

Ya corona la luna de azul y plata  
las puntiagudas torres de San Mateo.

La ciudad que trabaja duerme tranquila,  
cállanse las guitarras y los copleros;  
el rondador amante deja la casa  
donde vive la diosa de sus ensueños  
y por los derruidos, toscos, adarves,  
codicia de cristianos y sarracenos,  
la noche solitaria va derramando  
rumores y poesía, paz y misterio.

Todo descansa y calla, todo reposa  
bajo el augusto manto del firmamento.  
¿Por qué llora Dolores la *Clavellina*?  
¿Por qué sus ojos dulces no cierra el sueño?  
¿Qué le pide a la Virgen de la Montaña  
suspirando, anhelante, de rezo en rezo?  
¿Por qué no se le aparta de la memoria  
la medrosa silueta de aquel encuentro  
entre los dos rivales de aquella riña  
que le enturbia las aguas de su deseo  
cristalinas y mansas, cual su inocencia,  
que le apaga las luces de su cerebro,  
que le envuelve entre sombras sus ilusiones  
y que corre en su sangre como un incendio?  
¿Por qué le duele el alma? ¿Por qué vigila?  
¿A dónde va volando su pensamiento?

.....

### IV

Era ya la media noche.  
El domingo agonizaba.  
Bajo la imagen bendita

de la virgen veneranda  
del Vaquero, protectora  
de la ciudad que apegada

a las viejas tradiciones  
viste sus mejores galas  
por Septiembre, año tras año,  
para rendirle, postrada  
de rodillas, santo culto,  
en firme un hombre se para.

Descúbrese la cabeza  
vuelve hacia la imagen santa  
los ojos, y de su pecho  
sube al cielo una plegaria.

Picó y encendió un cigarro,  
abarcó de una ojeada  
hasta el final de la calle  
de Caleros, solitaria  
como su afán lo pedía,  
y echó a andar con grave calma,  
pero resuelto, tranquilo,  
fijo en la casita blanca  
donde nacieron robustas  
sus risueñas esperanzas.

Llegó enfrente y se detuvo  
atónito. En la ventana  
con palideces de insomnio  
e inmóvil como una estatua  
vió a Dolores y sintiendo  
que la sangre se le helaba,  
avanzó hasta ella aturdido  
por la pasión; la palabra  
rompió el nudo que oprimía  
tenazmente su garganta,  
levantó el brazo derecho,  
abrió el puño en que encerraba  
la mora de la disputa,  
y pensando en su venganza  
exclamó:—Reina, pa usté;  
si hay quien me ataje que salga!—

Entonces supo Lolilla,  
que el calor que le abrasaba  
el pecho, que las angustias  
que la tenían desvelada,  
que el temor y la zozobra  
que del alma le brotaban  
amargándole su dicha  
y aumentándole sus ansias  
eran por él; y rindiéndose  
al imán de la mirada  
suplicante de aquel hombre  
a quien sin saberlo amaba

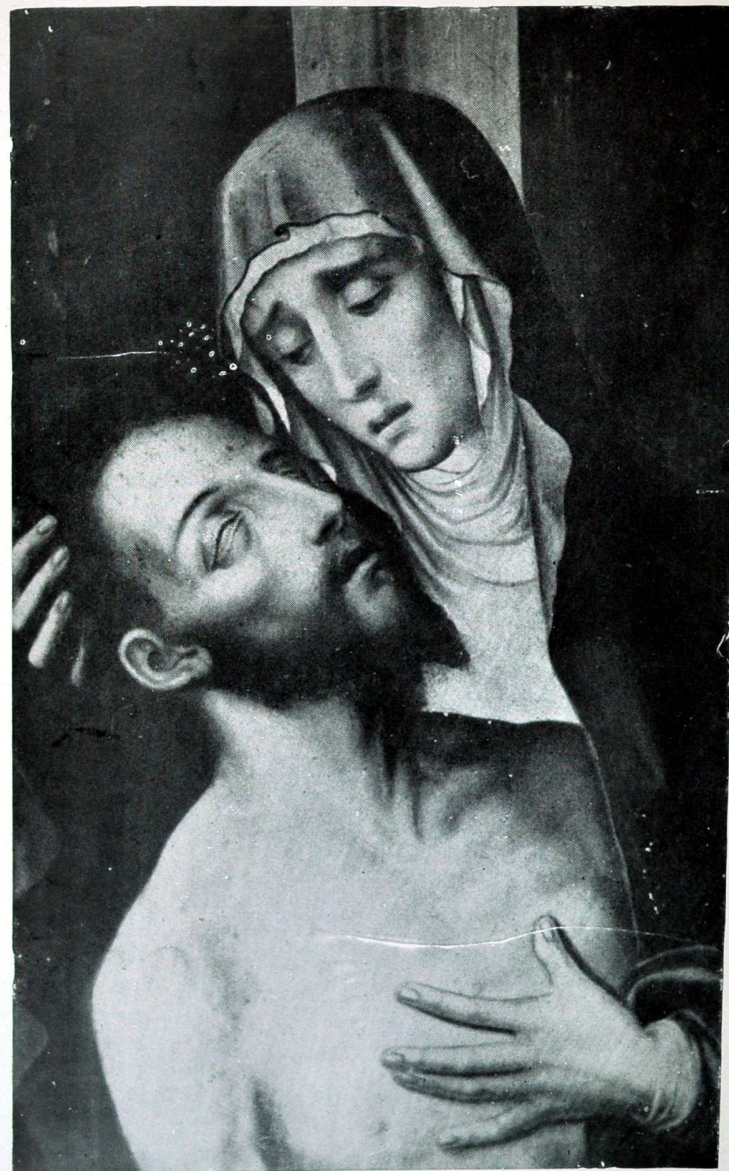
hacia mucho, con torrente  
de cariño que arrebató,  
tomó el obsequio aturdida  
y le dijo:—Lo esperaba—  
—Dios te lo premie Dolores!—  
Y ahora me voy, que hago falta  
de aquí a un rato, cuando el sol  
nos alumbre—¿Dónde? ¡aguarda!—  
—Tengo que dirme a la juerza,  
pa que los bichos no salgan  
en tu busca, pa tenerte  
como drento de una jaula—  
—¿Llevas sangre en esa mano?—  
—¡A verla, Román; alarga!...  
—Es presto entoavía; ¡más tarde!  
esto es la mora que mancha—  
—¿Vas a reñir?

—No te asustes,  
¡Voy a matarlo!

—No, nada,  
eso no, nunca, Dios mío,  
eso en jamás. ¡Yo te odiara  
si hicieses lo que tal dices!  
—¡Me estorba!—

—No, tú no matas,  
tú eres bueno, tú eres noble,  
como yo me lo soñaba.  
Asín soy pa tí. Si no,  
tal tirria yo te tomara,  
que maldijese tu nombre.  
—Pos asín por él te afanas  
que le defiendes la vida,  
es que le quieres; pos basta.  
¡Ahora sí que hay que matarlo!  
La cita está da y no falla,  
que es valiente, pero asina  
más presto se le remata.

—No, por la Virgen, Román,  
yo te juro por mis lágrimas  
que antes cegarán mis ojos,  
que ser suya. No, no vayas,  
no riñais, no sos mateis,  
¡mira que es a mí a quien matas!  
—El dice, que eres pa él!,  
que le diste tu palabra,  
y eso no, mientras yo aliente  
y tenga la mi navaja—  
—¡Miente su boca;—



ALBUM EXTREMEÑO: *Piedad*. Tabla de Luis de Morales. Propiedad de los Excmos. Sres. Vizcondes del Parque

—¿Lo juras?—  
 —Por estas cruces—  
 —Acaba;  
 entonces ¿serás pa mí?  
 —Pa ninguno; pa mi casa.  
 Yo sabré llorar a solas  
 las penas de mi desgracia;  
 yo no quiero esos cariños  
 a costa de sangre humana,  
 y pos que el uno y el otro  
 me venís con amenazas  
 de mataros por mi culpa,  
 y si a tí miro, él te mata,  
 y si miro a él me dices  
 que tú la vida le arrancas,  
 yo no busco perdiciones  
 ni he nació pa ser mala,  
 y sí pa que me olvideis,  
 ya que haceis peazos mi alma.  
 —¿Pero es a mí a quien tu quieres?  
 —A naide ya—  
 —Bien, ¡so falsa!  
 llevas razón, por tu engaño  
 la honra mía no se cambia.  
 ¡Ahí te queas!—  
 —No, eso no,  
 tu Dolores no te engaña;  
 es por tí, porque me vivas...  
 —Pos ya vivo ¿qué te para?  
 —Escucha...  
 —¿Pa mí o pa él?  
 —Oye, Román...  
 —Con tu trampa  
 te jundas ¡so mentirosa!—  
 ¡Ahí te queas!—Y sin darla  
 lugar a que se explicase  
 ni tiempo a que replicara,  
 sin comprender en su ira  
 y en sus celos la batalla  
 que la hermosa adolescente  
 con su corazón libraba,

arrancándose de cuajo  
 las florecillas tempranas  
 de sus amores, se fué  
 renegando de su casta,  
 y maldiciendo de todo,  
 pendiente de la palabra  
 que iba a cumplir, «de la cita»  
 que en la huerta concertara.  
 Y siguió andando y corriendo,  
 y dió tal prisa a su marcha,  
 que al cruzar por San Francisco  
 parecía llevar alas.  
 Llegó a la era y a poco  
 Luis también a ella llegaba.  
 —Presto, que naide lo estorbe,  
 dijo éste, la hoz agarra—  
 —No hay pa qué ya,—dijo el otro,  
 sin bajarse por el arma.  
 Ya ni es pa tí, ni pa mí.  
 —¿Pos pa quién es?  
 —Pa su casa—  
 —¡Es que me temes y mientes  
 pa no reñir!; lo esperaba.  
 ¡No sé ni cómo has venío!  
 —Me lo ha jurao en su ventana.  
 Ni me quiere, ni te quiere;  
 «pa ninguno» dijo, ¡y basta!  
 Asina yo no me mato;  
 no es pa mí, no pues quitármela.—  
 Y sin más explicaciones  
 de tan firme retirada,  
 volvió a desandar lo andado  
 a tiempo que ya cruzaban  
 el espacio, las canciones  
 de la alondra charlatana,  
 centinela del Oriente,  
 y en la ermita solitaria  
 del valle, donde el labriego  
 pide a Dios por su senara,  
 las primeras vibraciones  
 del dulce toque del alba.

## V

Han corrido unos meses. Román no ha vuelto  
 a rondar la casita que rondó tanto,  
 que está frente a otra reja de amores loco,  
 tan celoso y sumiso como fué antaño,  
 y Luis no hace memoria del desafío,

ni le espera de noche para insultarlo.  
 Desde que oyó altanero, de boca de ella,  
 repetido el desaire que tomó a engaño.  
 por soberbia nativa convirtió en odios,  
 lo que fueron cariños de enamorado,  
 y lejos de su alcance solo disputa  
 con la tierra fecunda que va labrando.  
 ¿A dónde va Lolilla muda y de luto?  
 ¿Por qué lleva el semblante lloroso y pálido?  
 ¡Quién podrá conocerla! ¡Quién lo pensara!  
 ¿Dónde fueron sus risas y sus encantos?  
 Ya no toca en la calle la pandereta  
 entre voces y bromas como otros años;  
 ni se adorna en las huertas con alielies;  
 ya no va a Santa Olalla dentro del carro,  
 ambulante refugio de la alegría,  
 tienda de cascabeles que aturde el campo;  
 ya no corta azucenas, rosas ni lirios  
 para adornar en casa la cruz de Mayo.  
 ya no luce en el cuello la gargantilla,  
 primor de filigrana sobre alabastro,  
 ni el guardapiés más rojo que la amapola,  
 que columpia ligero su airoso garbo.  
 Ya no brillan sus ojos como brillaban,  
 ya el color de su cara lo borró el llanto!...  
 Mustia como corola que el sol no besa,  
 triste como el recuerdo de lo pasado,  
 y en sus muertos amores fija la mente,  
 es la viviente imagen del desengaño!

LUIS GRANDE BAUDESSON

## LA LUZ

EL hombre ama la luz; todo lo vivo ama la luz. Los árboles, las hierbas, los pájaros, las animalías todas se esponjan en júbilos de vida con la luz intensa. Hay como una «fototaxia» universal de lo vivo. El gran físico español Julio Palacios, en un libro bello y reciente, llama a la luz «la forma más noble de la energía», y aún admite que esa nobleza aumenta según se suben los tramos jerárquicos del espectro solar, de modo que es más noble la luz violada por la reja y más noble el rayo Roetgen que el de la luz visible, hasta alcanzar el rayo gamma el más alto punto de la nobleza luminosa. La luz es el príncipe y el principio del Universo: «En el principio era la luz, *«fiat lux»!*, y de ella se amasaron y tejieron la luna y las estrellas. Y de un copo de luz se hizo la inteligencia del hombre. Toda la Ciencia física actual se apoya en unas ecuaciones sobre la luz. Todo el Universo se resuelve en luz; y su muerte, la muerte entrópica del Universo, sobrevendrá como un mundo lentamente apagado. La luz es el gran misterio del mundo, máxima paradoja del saber humano. Con razón ha dicho el príncipe Luis de Broglie, el eminente físico contemporáneo, que podríamos decir que sabemos algo si supiéramos qué es un rayo de luz.

Todo lo miserable, nocivo y degradado está privado de la luz; el Infierno identifica con las tinieblas. Lo inferior en la fauna submarina, vive en zonas abisales, falto de luz, como los gusanos hundidos en el lodo barrizal. Cuanto más se avanza en la serie jerárquica de los seres vivos, más se sube en la escala luminosa, en la sensibilidad para la luz, hasta alcanzar la capacidad de proyectarlas. Si a todo lo inferior llamamos «oscuro», a todo lo superior calificamos de «esclarecido». Donde hay orden, hay luz; el caos es tinieblas. Cuando, por la escala de lo animal, alcanzamos el orden de lo humano, vemos que el hombre está tejido de cabos de luz, que es un ser enredado que se ordena por la luz de la inteligencia. Pero la vida toda, aun en sus formas más elementales, está hecha de hebras de luz; quizás la chispa que prende en la materia para darle vida no sea sino eso, un tamo de luz. Por de pronto, el vegetal por su virtud clorofílica desglosa el carbono que amasa en luz, para elaborar el almidón, las féculas. Cada vegetal es un misterioso laboratorio donde lo inerte y mineral, se prende en vida y empieza a arder, gracias a la luz almacenada por la clorófila. Con los productos elaborados, se nutrirá el hombre, pero también con el oxígeno sobrante, con los colores floreales, que son fragancias tejidas por la luz, y con sus fragancias, que son colores disueltos en aire. Nos alimentamos de vegetales que son ricos depósitos de luz o de animales que a su vez son vegetarianos.